

Epidemia en el Nilo

J. A. Gutiérrez



Capítulo 1

El médico, el visir y el sacerdote de Sekhmet se presentaron ante el faraón con el protocolo de costumbre y más arrugas de lo normal surcando sus frentes sudorosas.

“Majestad” dijo el visir “El médico debe hablarle.”

“Majestad” dijo el médico “El sacerdote de Sekhmet debe hablarle.”

“Majestad...” dijo el sacerdote de Sekhmet.

“¿El visir debe hablarme?” se adelantó el Faraón.

“Su Majestad está más omnisciente que nunca” dijo el sacerdote.

“Escucharé a los tres, pues el asunto parece grave. Pero no a todos a la vez, pues la cacofonía sería desagradable, y es probable que hubiera que repetirlo todo.”

“Sabia decisión, Majestad. Si me permite, creo que el primero en hablar debería ser el médico.”

“¡Habla pues, médico!” dijo el faraón señalándole con su cayado dorado.

“Gracias, Majestad. Temo que tengo malas noticias. Una nueva enfermedad ha aparecido en el reino. Se originó en el Delta, aparentemente, y se extiende con rapidez; ahora amenaza con llegar hasta aquí en los próximos días. Ya ha matado a miles de personas en las ciudades que median entre Tebas y la costa. Como usted dice, es grave.”

“¿Miles de personas? ¿Cómo es que no me he enterado de nada, visir?”

“Nuestros mensajeros nos han avisado apenas hoy, Majestad. La enfermedad aún no se acerca lo suficiente como para que la gente en las calles de Tebas hable de ella. Hemos querido anunciarlo primero a usted.”

“En ese caso, han obrado bien, pues soy el Faraón y es justo que lo sepa primero. Pero, ¿qué clase de enfermedad es ésta, médico?”

“Una causada por demonios invisibles.”

“¿Por donde entran?”

“Por la boca y la nariz”

"Entonces deben ser muy pequeños."

"¡Pequeñísimos! Pero no por ello menos malos."

"¿Y de dónde salen?"

"Del aire, y de las personas. Cuando éstas estornudan y tosen, los demonios saltan de un cuerpo a otro, y causan la enfermedad con sus poderes infernales. Sekhmet se ha superado ésta vez; ninguna otra epidemia se le compara. Causa inflamación, forúnculos, almorranas, y erupciones desagradables del cutis. Lo peor; en menos de veinticuatro horas mata a todo aquel que la contraiga, sin excepción. No hay sobrevivientes en las ciudades afectadas; se han convertido en pueblos fantasma."

"¡Por Ra, Amón y todos los dioses, eso es terrible!"

"Más que terrible, mi señor. Si esto continúa, no quedara una sola persona viva en todo lo ancho de las Dos Tierras."

"Pero de seguro yo, por ser Faraón, cuento con la protección de los dioses" aventuró esperanzado el monarca.

El sacerdote meneó la cabeza.

"Disculpeme, mi señor; no me confiaría de ello. Consulté al oráculo de Sekhmet, Señora de la Flama, quien envía y detiene las epidemias, y me ha dicho en términos muy claros que no pretende perdonar a nadie ésta vez, ni siquiera al señor de las Dos Tierras."

"¡No es justo!"

"Estamos de acuerdo, Majestad, pero la voluntad de la Hija de Ra es inamovible. Su cabeza es de leona, y con los leones no se puede razonar."

"¿Y qué pasará ahora? Yo no puedo morir así; soy demasiado joven y tengo muchos pueblos que pisotear, mucho vino que beber y un harén del que solo he usado el cincuenta por ciento. ¡Me niego a acabar de ésta forma! ¡Habría que quemar todas las ciudades que quedan de aquí al Delta, para que nadie pueda contagiarnos!"

"Buena sugerencia, Majestad; sois sabio como siempre, pero la pregunta es, ¿a quien enviaríamos a quemar a vuestros súbditos?"

"Al ejército."

“Los soldados regresarían de ahí contagiados, y nos infectarían.”

“Entonces haremos que quemen también al Ejército.”

“¿Y quien los quemaría? Ciertamente no querrán quemarse a sí mismos.”

“Es verdad. Habrá que enviar a la Guardia Real.”

“Pero la Guardia Real regresaría infectada y contagiaría a vuestra merced.”

El faraón sudaba cada vez más profusamente.

“¡Por los dioses, no tengo salida! De una u otra forma moriré. ¡Inútiles! ¡Ineptos! ¡Los ejecutaré a los tres si no se les ocurre una solución!”

“Visir, hable usted, que nos va la vida en ello” dijo el médico.

“¡Cierto es, visir, así que hable!” gritó el faraón.

“Majestad, tenemos ya la solución para protegerle.”

“¿De verdad? ¿Por qué no lo dijeron antes?”

“No es nuestro lugar interrumpir una rabieta real; meramente esperábamos el momento indicado.”

“¿Y qué momento es ese?”

“Éste justamente.”

“¡Hable entonces, antes de que pase!”

“No debe creer vuestra Majestad que somos servidores irresponsables o perezosos; sepa que desde el momento en que nos enteramos de la epidemia hemos estado trabajando en un artefacto que mantendrá al Faraón a salvo de sus infectos súbditos hasta que pase la crisis.”

“Contento estoy; es justo lo que quería escuchar. Muéstrenme pues ese artefacto.”

El visir chasqueó los dedos. Varios esclavos entraron resoplando, cargando una gran caja antropomorfa de piedra cubierta en inscripciones sagradas.

“¿Qué es eso?”

“Lo llamamos caja de distanciamiento social. En éstas circunstancias, Majestad, lo más sabio es evitar el contacto con otras personas que pudieran llevar los demonios invisibles. Y como no sabemos quienes puedan ser, es mejor que no tenga contacto con nadie. Como puede ver, la caja tiene el tamaño y la forma perfectos para que usted entre ahí. La hemos mandado hacer con sus medidas. ¡Traigan la máscara!”

Otro esclavo se acercó cargando una pesada máscara dorada, obra maestra de la orfebrería.

“¿Para qué necesito una máscara?”

“Es de vital importancia para evitar contagios. Todos deberíamos usarla. Para usted hemos diseñado ésta, que tiene su rostro moldeado en oro y está incrustada con piedras semipreciosas; solo lo mejor para nuestro amado soberano. La usará todo el tiempo, y debe usarla correctamente, o no servirá de nada. ¡Póngasela ahora, y nada de quitársela!”

“No quiero parecer ingrato, médico, pero la verdad es que es muy pesada, y no veo absolutamente nada.”

“¿Prefiere ver, o vivir?”

“Me gustaría, de ser posible, poder hacer ambas cosas”

“La caja de distanciamiento social estará cerrada así que aunque le hiciéramos agujeros en los ojos, no le serviría de nada. Estará oscuro como boca de chacal.”

“Eso es verdad; me congratulo por haberle contratado como médico en jefe, pues es obvio que rebosa sabiduría. ¡Oh, pero por los dioses, que se me ha ocurrido algo importante! Si pasa mucho tiempo hasta que la crisis termine, necesitaré tener una buena reserva de lino higiénico.”

“Por fortuna los pueblos vasallos enviaron mucho éste año. No debería ser problema.”

“Pero, ¿y si alguien intenta robármelo? No lo sabré porque tendré la máscara puesta.”

“Para eso lo mejor es que lleve el lino higiénico puesto; así nadie con un mínimo de pudor se atreverá a quitárselo. ¡Ustedes, ayuden a su señor!”

Los esclavos comenzaron a envolver al faraón con rollo tras rollo de lino, desde la punta de los dedos hasta el cuello, y por encima de la máscara. El faraón aplaudía emocionado por el ingenio de sus sirvientes, y aliviado

al saber que no contraería la horrible enfermedad.

Finalmente le sujetaron también los brazos y no pudo aplaudir más, ni tampoco hacer gran cosa cuando le arrojaron sin más miramientos a la caja de distanciamiento social, la cual cerraron y llevaron a sepultar al Valle de los Reyes.

“Fue una gran idea, médico; finalmente nos hemos deshecho de ese rey tan molesto.”

“El mérito no es solo mío, visir; si el sacerdote de Sekhmet no hubiera cooperado, el plan nunca habría funcionado.”

El sacerdote sonrió satisfecho y juntó las manos beatíficamente.

“Simplemente cumplo la voluntad de los dioses; a ellos tampoco les caía bien el rey. Se quedaba dormido rezando, y su cara no era simétrica. Además hacía trampa en el senet. ”

“Ahora podemos poner en el trono a su hijo, que es muy joven, y manejar el reino a través de él.”

“Pero, ¿y si acaba por molestarnos también? Yo conozco al hijo; es más sagaz que el padre y es probable que no caiga en la misma trampa.”

“Caerá” afirmó el sacerdote guiñando un ojo delineado con kohl “¿O es que acaso no saben por qué los sacerdotes hemos insistido desde hace miles de años en que los faraones se casen con sus propias hermanas?”

“Para preservar la pureza de la sangre divina” dijo el visir, extrañado “Todo el mundo lo sabe.”

“Todo el mundo *cree* que lo sabe.” replicó el sacerdote “Y es lo que le decimos a todos, incluyendo al faraón. Más como nuestra sociedad ha sido venturosa, les diré el secreto; el primer rey de Egipto tenía una peculiaridad; era extremadamente hipocondríaco y temía sobre todo a coger una mala fiebre o alguna enfermedad palustre, de esas que tanto abundan en los nomos llenos de mosquitos en las márgenes del Nilo. Y sus hijos tenían todos el mismo trauma. ¡Y también sus nietos! Los sacerdotes nos dimos cuenta de que era un mal hereditario. Uno que podíamos utilizar. Sagaz o no, el faraón siempre caerá, sin poderlo evitar y sin casi darse cuenta, con la historia de la epidemia; se pondrá la máscara y se quedará en su sarcófago... quiero decir, su caja de distanciamiento social cuantas veces sea necesario. Ya ha pasado así antes, y seguirá pasando mientras se respete la ley del incesto.”

“Admirable astucia” dijo el visir.

“Inspiración divina” replicó el sacerdote con falsa modestia.

“Misión cumplida” terció el médico sacudiéndose las manos, y riéndose los tres, regresaron al palacio a celebrar y a brindar por la corona.